LA MANCHA DE YESO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DEDICADO A LOS OBREROS DE BARCELONA,

ORIGINAL DE

REMIGIO VAZQUEZ.

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Madrid el 9 de Febrero de 1882.

PRECIO 5 REALES.

BARCELONA.
TIPOGRAFÍA ESPAÑOLA,
calle del Hospital, núm. 87.
1882.

LA
MANCHA DE YESO.



DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DEDICADO A LOS OBREROS DE BARCELONA,

ORIGINAL DE

REMIGIO VAZQUEZ.

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Madrid el 9 de Febrero de 1882.

BARCELONA.
TIPOGRAFÍA ESPAÑOLA,
calle del Hospital, *núm.* 87.
1882.

REPARTO.

Personajes.	Actores que lo estrenaron en Madrid.
AURORA.	*D.ª Teresa Perez.*
ANA.	*Srta. Manuela Cosin.*
LUIS.	*D. Mariano Muñoz.*
ENRIQUE.	» *Serafin García.*
MEDICO.	» *Enrique Carrion.*
MARQUES.	» *Vicente Catalá.*
TORIBIO.	» *Enrique David.*
UN CRIADO.	» *Andrés Garcilaso.*

Personajes.	Actores que lo estrenaron en Barcelona.
AURORA.	*D.ª Virginia Perez.*
ANA.	» *Rosita Mora.*
LUIS.	*D. Vicente Miquel.*
ENRIQUE.	» *Juan Isern.*
MEDICO.	» *Ramon Valls.*
MARQUES.	» *Jaime Virgili.*
TORIBIO.	» *Luis Muns.*
UN CRIADO.	» *Jacinto Sarriera.*



Cumple á mi deber consignar que si el drama ha obtenido un éxito superior á cuanto esperar podia, se debe especialmente al acierto é inteligencia con que ha sido representado.

Reciban el testimonio de mi agradecimiento, los distinguidos artistas Sres. Muñoz, Miquel é Isern, que han agregado nuevos lauros á los muchos que han obtenido en su carrera artística, desempeñando admirablemente los papeles de Luis y Enrique, respectivamente; recíbanlo las inteligentes artistas Sras. Virginia y Teresa Perez y las Srtas. Cosin y Mora que consiguen identificarse con su papel, y recíbanlo, en fin, todos los señores artistas que han estrenado la obra, por el acierto con que desempeñan sus respectivos papeles, y sean estas líneas débil recuerdo del agradecimiento é imperecedera amistad que les consagra

REMIGIO VAZQUEZ.

ACTO PRIMERO.

Casa pobre; puertas laterales y una al foro; mesa y sillas pobres, á un lado una máquina de coser.

ESCENA PRIMERA.

LUIS y el MEDICO.

(Al levantarse el telon, sale el médico por una puerta lateral.)

LUIS. ¿No hay médio alguno?
MÉD. Está ciega.
LUIS. ¡Válgame Dios! Lo esperaba
MÉD. Grande ha de ser el motivo
que su desdicha señala.
LUIS. Grande, sí.
MÉD. ¿Usted le conoce?
No ponga á la lengua traba;
que en el cuerpo, no se curan
los sufrimientos del alma,
cuando el médico no sabe
de que la afeccion dimana,
pues nadie ataja el efecto,
si desconoce la causa.
LUIS. Será entonces necesario
que yo rompa la muralla
que del mundo, á esa muger
injustamente separa.
MÉD. Si exijo tal sacrificio,
no es por curiosidad vana;
al pedirlo, es porque entiendo
que la ciencia lo reclama.
Hablar puede V. tranquilo
si en mí tiene confianza;
pero en el caso contrario.....
cumplo al retirarme.
LUIS. Basta;
que médico y sacerdote
en su profesion se igualan,

y los mayores secretos
sus fieles conciencias guardan.

MÉD. Ya escucho.

LUIS. Veinte años hace
que esa muger desdichada,
sola, errante, y sin apoyo
por este mundo vagaba;
Sus padres, que eran los mios,
fueron á dar cuenta clara
de sus actos en la vida
á quien á todos nos manda,
mientras yo, léjos de aquí,
contra otros seres, frenético
blandía homicidas armas,
el hambre, el frio, el contínuo
sufrir que la atormentaban
justo reposo pedían
para tan constantes ánsias,
de la roedora pena
al ímpetu arrebatada,
como espíritu invisible
cruzando calles y plazas,
á la puerta de un palacio
loca llegó la cuitada;
la convulsion de su cuerpo
hizo resonar la aldaba,
al propio tiempo que un hombre
cuyos ojos delataban
la embriaguez en las pupilas
y la torpeza en el alma,
de un magnífico carruage,
con pié inseguro bajaba;
«Una limosna,» gritó
la muger abandonada;
y el que en ocasion distinta
quizá el grito despreciara,
esclavo de la embriaguez
fijóse con torpe audacia,
nó en el llanto de la jóven,
sí en los soles de su cara. *(Pausa.)*

MÉD. Prosiga usted.

LUIS. Evitándome
vergüenzas que al relatarlas
comprimen el corazon
y los rencores inflaman,
suplico á usted que adivine
lo que pasó.

MÉD. Delicada
es por cierto la mision
que me imponen sus palabras

más un hombre en tal estado,
y rico segun las trazas,
con que la lengua de usted
sinceramente retrata,
de su palacio á las puertas,
hallando ocasion tan cara
digno fin puso á lo orgía.....

LUIS. Y la muger, deshonrada
salió huyendo del palacio
dó por su desdicha entrara,
á tiempo que yo volvía
de mi gloriosa campaña,
la busqué desatinado;
y al cabo logré encontrarla,
herida por la vergüenza
que su rostro devoraba...
Los corazones honrados
no pueden guardar sus faltas
y así de su boca supe
lo que hoy la mia relata,
menos el nombre ignorado
de aquel vil que la afrentara...

MÉD. ¿Y esa muger es.. ..

LUIS. Aurora,
mi pobre, mi triste hermana,
que llorando veinte años.....

MÉD. Se ha cegado con sus lágrimas.

LUIS. Y, para mayor tormento,
yo que quise consolarla,
con un ángel de la tierra,
años há me uní ante el ara
por darle una tierna amiga
que sus penas mitigara;
más Dios la llamò; y el hijo
que tuve de sus entrañas
hoy el preciso trabajo
mendiga de casa en casa,
porque los tiempos son tales
que hasta ocupacion nos falta,
no me asustan los rigores
de la suerte despiadada
tanto, como el infortunio
de mi cariñosa hermana;
con paciencia yo sufriera
si un dia á verme llegara.
Si usted pudiese alcanzar
su curacion....

MÉD. Doy palabra;
y si ella quiere, prometo
rasgar esas cataratas

que á sus pupilas impiden
gozar del sol la luz clara.

LUIS. Ella no puede negarse
al bien.

MÉD. Volveré sin falta
de aquí á media hora.

LUIS. Aguardo.

MÉD. Yo tengo fé.

LUIS. Y yo esperanza.

MÉD. (Dios mio; porque me llevo
de aquí comprimida el alma?) *(Vase.)*

ESCENA II.

LUIS y despues AURORA.

LUIS. ¡Oh! destino ¿porqué mi honra
me obligas á rebajar
cuando hé llegado á jurar
no referir mi deshonra?

(Sale por la misma puerta lateral que el médico.)

AUR. ¿Qué dice?

LUIS. Me ha hecho creer
que al fin te veré curada.

AUR. ¡Oh! Vírgen de Dios amada...

LUIS. Y vuelvas la luz á ver.

AUR. Bendita la idea fija
que diste ¡oh! Dios á mi mente
de contemplar frente á frente
las facciones de mi hija!

LUIS. Las verás.

AUR. Cuando decías
«maldito ese ser menguado
que mi nombre ha deshonrado,»
y tambien me maldecías,
de tu injusta maldicion
en mi otra voz protestaba:
la hija que en mi ser llevaba,
la hija de mi corazon!

LUIS. ¡Perdóname!

AUR. Ya pasado
el acceso de tu ira,
supiste que era mentira
que yo me hubiese manchado
por mi propia voluntad
en fango de deshonor.

LUIS. Mas venganza al vil autor
reclama su liviandad.

AUR. Diòme el engaño locura
en aquel fatal momento

el hielo de la amargura;

LUIS. Ya se Aurora que no has sido
de aquel suceso culpable;
ya sé que fuí miserable
al haberte maldecido;
pues comprendo que el ladron
con espíritu inhumano
se aprovechara ¡villano!
de la fácil ocasion.

AUR. Si al injuriarme faltaste
hoy no lo debes sentir,
pues pregona mi existir
que bien lo recompensaste;
porque á la venganza ajeno
y escuchando al corazon
diste emparo y proteccion
á la esencia de mi seno;
al bien de mi propio mal,
que ignora su propio ser;
la que por tí es hoy mujer
mañana ángel celestial!
Pobre, hambrienta, desvalida,
paz en la tumba buscaba.
sin sospechar que llevaba
dentro del seno otra vida.
De aquella horrible demencia
tú viniste á ser testigo
y á mí se acercó contigo
la luz de la Providencia;
pues cuando en furor insano
quise la vida quitarme,
vinieron á consolarme
las caricias de un hermano.

LUIS. ¡Basta! que de indignacion
ese recuerdo me llena,
y me ahoga mas que mi pena
la que hay en tu corazon.

AUR. Justos fueron tus enojos,
mas, si venganza has clamado
bien cumplida te la han dado
las tinieblas de mis ojos!

LUIS. No digas eso...

AUR. ¡Ay! de mí!
venganza para los dos!

LUIS. Pidiéndola estoy á Dios.

AUR. ¿Al cielo injurias así?

LUIS. ¿Porqué?

AUR. Solo á El castigar,
le toca al humano ser.

LUIS. ¡Hermana!

AUR. Nuestro deber
es sufrir y perdonar.
LUIS. Para tanta abnegacion
fuerza bastante no existe;
madre ya, te redimiste,
pero él... para él no hay perdon.
Mas en vano le maldigo
pues ignoro donde está.
AUR. ¿Quién sabe si sufre ya
de Dios el justo castigo?
LUIS. ¡Oh! si por fin recobraras
la luz, y un dia le vieras,
y su faz reconocieras
y á mi enojo le mostraras,
la compensacion tendría
de tu martirio inclemente,
pues lenta, muy lentamente,
en mis brazos le ahogaria.
AUR. Piensa que aunque no te cuadre
así no puedes obrar.
LUIS. ¿Aun le quieres amparar?
AUR. Sí; que de mi hija es el padre.
LUIS. ¡Padre, infame!.. mas no, hermana
es honrarle... Infamó el nombre...
Nunca es padre, ni aun es hombre,
el de raza tan villana;
Si ella su orígen supiera;
AUR. ¡Luis!
LUIS. Por no ser parricida,
ó se quitara la vida
ó de vergüenza muriera.
AUR. ¡Oh! calla, ¿mi hija morir?
tal caso no llegará;
pues por mí nunca sabrá
la causa de su existir,
por nuestra prohijada, hermano,
el mundo la reconoce.
Nadie mas que tú conoce
de ese secreto el arcano;
si le guardas bien...
LUIS. ¿No ves
que por fuerza he de guardar
el secreto!
AUR. ¡Ah! sí.
LUIS. Callar,
está en mi propio interés;
no temas que haga traicion
á este constante cuidado.
AUR. Cierto.
LUIS. Paso por honrado.

AUR. ¡Cuan horrible expiacion! (*Ap.*)
LUIS. Dejemos recuerdo tal
que en la desdicha te anega,
y solo á mi lengua llega
para acrecentar tu mal.
AUR. ¡Triste de mí!
LUIS. Penas fuera,
y dá treguas al quebranto;
ya sabes que ha sido el llanto
la causa de tu ceguera.
AUR. Es verdad.
LUIS. A la razon
te es forzoso obedecer
si el médico ha de obtener
tu difícil curacion.
AUR. ¿Crees que lo logrará?
LUIS. Dudarlo debo en conciencia;
mas deja obrar á la ciencia;
lo que falte Dios lo hará.

ESCENA III.

LUIS, AURORA, ENRIQUE.

(*Enrique aparece con la espuerta de la herramienta.*)
ENR. ¡Buenos dias!
AUR. Dios te traiga.
LUIS. ¿Cómo vuelves tan temprano.
ENR. Porque el dueño de la obra
que estamos edificando,
con motivo de ser hoy
sus dias y cumpleaños,
aunque nos paga el jornal
nos dispensa del trabajo.
LUIS. ¿Porque te traes la herramienta?
ENR. Porque puede salir algo
en que aprovechar la tarde.
AUR. Acércate.
LUIS. Está turbado. (*Ap.*)
ENR. Yo no sé como decirles... (*Ap.*)
Querida tia. (*Acercándose á ella.*)
AUR. Un abrazo.
ENR. Y dos, y tres..
AUR. Hoy estoy
contenta.
ENR. Pues es milagro,
porque por primera vez
sus ojos veo sin llanto.
LUIS. Tiene una buena noticia
que darte.

AUR. El médico ha estado.
ENR. ¿El especialista?
LUIS. Sí.
ENR. ¿Y qué dice?
AUR. Que contando
con la voluntad de Dios...
LUIS. Conseguirá en corto plazo...
ENR. ¿Qué?
AUR. Devolverme la vista
despues de haberme operado.
ENR. ¡El cielo le preste ayuda!
AUR. Temes.....
ENR. No: pero no alcanzo
como podremos pagarle
esa operacion.
LUIS. Ahorrando.
AUR. El parece buen sujeto
y puede esperar.
ENR. No hagamos
risueñas suposiciones;
usted padre está parado;
mi prima gana muy poco,
y á duras penas contamos
al final de la semana
conque cubrir nuestros gastos.
LUIS. Yo empezaré á trabajar
muy pronto.
AUR. ¡Yo á Dios amparo
pediré!
LUIS. (¿Porqué la aflijes?) (*A Enrique.*)
ENR. (Es verdad.) En todo caso
no habrá sacrificio tia
que yo no intente animado
por conseguir que distingan
mi rostro, sus ojos claros.
AUR. Ver los de mi Ana y morir,
eso es hijo, lo que aguardó;
y siendo tan bueno Dios
pienso que no ha de negarlo.
ENR. Tengamos pues esperanza .
LUIS. Tú quieres decirme algo. (*Ap. á Enrique*)
ENR. Yo... (*Id.*)
LUIS. Lo adivino, (*Id.*)
ENR. Pues sí. (*Id.*)
LUIS. Aurora: está el sol entrando
por la ventana, y ya sabes.;.
AUR. Sí, ya se que me hace daño;
me iré adentro, adios Enrique.
ENR. Hasta luego.
AUR. Ahí en mi cuarto

te espero.
ENR. Voy...
AUR. Cuando quieras.
¡Oh Dios, tiéndeme tu mano! (*Ap.*)
(*Entrase por donde salió.*)

ESCENA IV.

LUIS y ENRIQUE.

LUIS. Habla! ya inquieto me tienes,
ENR. Y yo estoy desesperado.
LUIS. ¿Qué sucede?
ENR. Casi nada,
que me quedo sin trabajo;
que se suspende la obra.
LUIS. ¿Porqué causa?
ENR. Porque el amo
perdió todo el capital,
en la Bolsa! ¡está arruinado¡
LUIS. ¡Maldita ambicion!
ENR. ¡Maldita!
LUIS. ¡El Señor quiere probarnos!
ENR. ¡Oh! que vida tan horrible
la del jornalero.
LUIS. Vamos,
hijo, ten resignacion:
ENR. Perder el jornal y ¿cuando?
cuando mi tia esperaba
recobrar la vista.
LUIS. Acaso
muy pronto cambie la suerte,
y Dios nos tienda sus brazos.
ENR. ¡Dios!
LUIS. ¡Enrique! (*Interrumpiéndole.*)
ENR. La desgracia
agitó mi torpe lábio;
en Dios creo, y si le injurio
es que no se lo que hablo.
LUIS. Es necesario que sufras;
Enrique es muy necesario;
puesto que no basta ser
grande en el mundo menguado,
sino que es fuerza, que el grande
tienda al pequeño la mano.
ENR. ¿Quién mas pequeño que yo
que tal ventura no alcanzo?
LUIS. ¿Quién, preguntas? Pues cualquiera
de los que llamas hermanos.
Pequeño es el que los dias

que nosotros no alcanzamos:
ocupa elevado sítio,
y tras el sitio elevado,
quizá pida una limosna,
tal vez siendo un millonario,
Pequeño el que grandes timbres
guarda en pergaminos rancios,
pues quizás caiga en las uñas
de un usurero villano.
Todos vivimos Enrique.
unos á otros obligados
porque no hay hombre sin hombre;
por lo mismo ,en este caso
que nos falta la faena
pediremos resignados;
¡una limosna por Dios!

ENR. ¡Cómo!

LUIS. Y saldremos del paso.

ENR. ¡Una limosna!

LUIS ¿Qué hacer
si van los tiempos tan malos?

ENR. ¡Una limosna! ¿y á quién?

LUIS. A los que, á Dios imitando
practican la caridad.

ENR. Si no fuera la del diablo,
en invocar sus ausilios
no tuviera yo reparo.

LUIS. Te ciega el orgullo.

ENR. Padre:
me precio de buen cristiano;
pero si la hipocresía
me quiere cortar el paso,
ni ante su poder me humillo,
ni ante sus alardes callo.

LUIS. No entiendo...

ENR. Esa aristocracia
que dá al mendigo la mano,
se aparta del jornalero
que vive de su trabajo.

LUIS. Tú exageras.

ENR. Lo que afirmo,
con hechos puedo probarlo.

LUIS. ¿Cómo?

ENR. Aun no hace media hora
que en nuestra suerte pensando
volvía á casa, y huyendo
de un caballo desbocado
tuve que tomar la acera;
y, sin poder evitarlo,
á un caballero rocé

con esa espuerta, manchando
ligeramente su ropa.
Le dije que dispensase
el tropiezo involuntario;
pero él, de vanidad lleno,
llamóme asqueroso, zafio,
y otra porcion de denuestos
difícil de recordarlos.
Yo me alejé de aquel sitio.
Sí, iracundo, avergonzado,
por no fiar la razon
á la fuerza de mis manos.
Si esas gentes han de ser
las que me presten amparo,
preciso es que desconfie
de obtenerlo; pues es claro
que mucho más le ofendiera
yendo á pedirle trabajo
que rozándole con yeso
lijeramente en un brazo.

LUIS. Ese es más pobre que tú
porque es miserable.

ENR. El caso
que refiero es una prueba.....

LUIS. De que hay hombres insensatos
en todas las clases; cierto;
mas tal vez quien te ha insultado
en el alma tenga manchas
que lavar no pueda.

ENR. Estamos
perdiendo el tiempo, y es fuerza
prevenir el mal cercano.

LUIS. Dices bien, ve á mis amigos
que tal vez te den trabajo.
Diles nuestro apuro, y pronto,
salgamos ya de este paso.

ENR. Voy, pues.

LUIS. El cielo te guie.

ENR. El solo será mi amparo. (*Vase.*)

ESCENA V.

LUIS.

No se si tiene razon,
pero en todo caso es bueno
guardar el juício sereno
sugetando el corazon;
que aunque es justa su amargura
admitir su desvarío

fuera empujarle al sombrío
abismo de la locura.
Mucho se ensaña el dolor
mas su crueldad no siento;
cuanto mas grande el tormento
la recompensa es mayor;
luchemos con la esperanza
de vencer en la porfía;
si cede la suerte impía
será la mejor venganza.

ESCENA VI.

LUIS y ANA.

ANA. Tio.....
LUIS. ¿Vienes muy contenta?
ANA. Sí, no lo puedo negar.
LUIS. ¿Qué sucede?
ANA. Va á cesar
nuestra desdicha cruenta.
LUIS. ¿Será posible?
ANA. El Marqués
en cuya casa he hallado
el trabajo codiciado
¿quién imagina que es?
LUIS. Yo.....
ANA. El ilustre Presidente
de esa bella asociacion
que consuela la afliccion
de la humanidad doliente,
«Amparo de la virtud»
es su nombre, y bien lo prueba
pues por todas partes lleva
consuelo, paz y salud.
LUIS. Y ese Marqués.....
ANA. Sabe ya
nuestra triste situacion,
y á ofrecernos proteccion
me ha jurado que vendrá.
LUIS. ¿De veras?
ANA. Quizá no tarde
diez minutos..
LUIS. Hé aquí
mi fé ya recompensada;
si nos dá trabajo, nada
nos puede faltar.
ANA. Aun si;
pues no hay dicha que me cuadre,
ni ventura en que yo crea,

mientras curada no vea
la dolencia de mi madre.

LUIS. El médico especialista
á quien rogué que la viera...

ANA. ¿Ha venido?

LUIS. Sí, y espera
que ha de recobrar la vista.

ANA. ¡Oh! gracias Dios de los buenos
mas ¿cómo hemos de pagar?

LUIS. Habiendo que trabajar
la riqueza es lo de menos;
ya miro acercarse el dia
de que cambie nuestra suerte;
con trabajo, ni al mas fuerte
temo, por ventura mia.
Nuevo camino Dios abre;
libre de tu amargo lloro;
ha de convertirse en oro
la madera que yo labre.
¡Hasta bendigo el pesar
terrible, que he soportado!
El bien perdido y hallado,
es lo que se ha de apreciar.

ANA. Ahora solo falta.....

LUIS. ¿Qué?

ANA. Que ese Doctor se resuelva
á la curacion, y vuelva.

ESCENA VII.

LUIS, ANA y el MEDICO.

LUIS. Pronto vendrá. (*Entra el Médico.*)
Mírale.

ANA. Ah señor ¿con que es verdad
que tiene mi madre cura?

MÉD. Su curacion es segura,
mediante la voluntad
del que ordena muerte y vida.

ANA. Si hace en su tormento raya,
por do quiera que usted vaya
besaré yo agradecida.

MÉD. No merezco galardon
que en este caso, en verdad,
mas que con la caridad,
cumplo con mi obligacion.
Mi oficio es curar.

ANA. Bien; pero.....

MÉD. Yde lo que haya estudiado
siempre estoy recompensado.

ANA. (Tio.)
LUIS. (*A Ana.*) (Hablará del dinero
que ha de ganar.)
ANA. (Cosa llana.)
LUIS. (Vete.)
MÉD. (¿Qué hablan?)
ANA. Dios le guie
LUIS. (Cállate no desconfie.)
vé que te espera mi hermana.
(*Vase Ana.*)

ESCENA VIII.

LUIS y el MEDICO.

LUIS. Hágame V. la merced
de sentarse.
MÉD. (*Se sienta.*) (¿Qué tendrá?)
LUIS. Hablar con usted deseo,
y no sé como empezar.
MÉD. Hable usted cuanto le plazca;
ya le escucho.
LUIS. Casos hay
en que la lengua, se niega
las palabras á expresar,
que es siempre el lábio cobarde
cuando se teme algun mal.
MÉD. No entiendo.....
LUIS. Pero es forzoso
á la incertidumbre dar
un término, y por lo tanto
usted me contestará
francamente, pues deseo,
al verme en apuro tal,
cuanto ántes salir del paso
que me hace intranquilo estar.
MÉD. Escucho á usted.
LUIS. De su fama
sabedor, y en su bondad
confiado, el otro día
fuí á sus puertas á llamar.
Usted, compasion mostrando
de mi terrible ansiedad,
y viendo nuestra desdicha,
con interés eficaz,
visitó á mi pobre hermana.....
MÉD. Y hoy me prometo curar
su dolencia, pues.....
No quiero
ver á usté padecer más

y lo que decir me resta
es fácil de adivinar.

LUIS. Entónces.....

MÉD. Termino en breve,
Usted como es natural
los sentimientos ignora
que en este corazon hay.

LUIS. ¡Ah Señor!

MÉD. Desde el instante
en que traspasé el umbral
de esa puerta, comprendí
que aquí podía ganar
mucho honor para mi nombre,
y mucha tranquilidad
para el alma del cristiano
que á Dios desea imitar.
Por no ofender su amor propio
no quise con claridad
demostrarle mi deseo
filantrópico, curar
gratuitamente á su hermana.

LUIS. ¡Oh! Dios recompensará
tanto sacrificio.

MÉD. Dios.....
ya no ha de recompensar
lo que está recompensado.

LUIS. Pero.....

MÉD. No hay felicidad
mas grande que la ocasion
en este mundo, de obrar
como Jesus enseñó.

LUIS. Ciertamente.

MÉD. Pues, ya está
terminada la cuestion,
y de ella no hay mas que hablar.

ESCENA IX.

LUIS, MEDICO y el MARQUES.

MAR. Buenos dias.

LUIS. Adelante.

MAR. Usted es á no dudar
el que busco.

(*El médico se ha retirado al fondo, Luis está en pié*)

LUIS. Luis Rivera.

MAR. ¿Tio de Ana?

LUIS. Y además
vuestro servidor humilde
si es que algo gusta mandar.

MAR. Esa señorita viene
á mi casa á trabajar
hace dos dias.

LUIS. V. E.
sin duda perdonará
si ántes no le he conocido.....

MAR. La estrema necesidad
de usted, me obliga á venir
su desdicha á remediar.

MÉD. Este hombre me es antipático,
y no lo puedo evitar. (*Ap.*)

LUIS. ¿Y bien?

MAR. ¿No le ha dicho ya
su sobrina?

LUIS. Si señor;
Sé que de una sociedad
benéfica es presidente
V. E.

MAR. Justo, y está
acordado dar á ustedes
trabajo.

LUIS. ¿Cómo pagar?...

MAR. A ver ¿tiene V. tintero?

LUIS. Voy. (*Entra por la puerta por donde entraron Aurora y Ana y vuelve á salir con el tintero.*)

MAR. ¿Y usted?

MÉD. Soy el doctor.
Francisco de Peña Real

MAR. ¿El famoso especialista?
dispense usted que al entrar
no advertí.....

MÉD. Por dispensado
No me place. (*Ap.*)

MAR. Usted vendrá
por la ciega?

MÉD. Justamente.

MAR. Bien puede usted, operar
sin miedo.

MÉD. Nunca lo tuve.

MAR. Pues todo se pagará.

MÉD. Mis actos no tienen precio;
son obras de caridad.

(*Se acerca á la mesa, saca una cartera y de ella una targeta y escribe. Luis pasa al lado del Doctor.*)

LUIS. Me parece algo orgulloso. (*Ap. al médico*)

MÉD. La vanidad misma aun mas. (*Ap. á Luis*)

MAR. Con esta targeta debe
mañana mismo pasar
usted por las oficinas
de la nueva sociedad

«Amparo de la virtud...»
LUIS. ¡Gracias!
MAR. Y le entregarán
el preciso documento
que desde luego pondrá
término á sus aflicciones.
Esto es hacer caridad.

(*Dice esto mientras escribe de modo que Enrique no le vea el rostro hasta que lo marque el diálogo. Sale Enrique por el foro. y Aurora y Ana por la lateral y se colocan de modo que al final del acto el Marqués y Ana ocupen el centro de la escena, á un lado Luis, en medio Enrique y Aurora, y al otro el Médico. El final de este acto dicho con la mayor rapidez.*)

ESCENA X.

LUIS, ENRIQUE, MEDICO, AURORA, ANA y MARQUES.

ENR. ¡Padre!
LUIS ¡Calla!
ENR. ¿Qué ha pasado?
AUR. ¿En dónde está?
LUIS. Por aquí.
ENR. ¿Tenemos trabajo?
LUIS. Sí
por fin nos hemos salvado.
ANA. Gracias Señor.

(*Se arrodilla ante el Marqués y le besa la mano.*)

ENR. (*Al ver volverse al Marqués asiendo convulso el brazo de Luis.*) ¡Ah!

(*Lo mismo hace Aurora al oir la voz del Marqués; va á imitar á Ana pero al oir la voz retrocede aterrada á ampararse de Luis.*)

LUIS. ¿Qué es eso? (*A Enrique.*)
MAR. Os toca vencer Doctor.
AUR. ¡La voz de mi seductor! (*Ap.*)
ENR. El de la mancha de yeso. (*Ap.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

AURORA LUIS y ENRIQUE.

(*Concluyendo de levantar el mantel de la mesa en la cual se supone que acaban de comer.*)

LUIS. Ya hemos comido.
AUR. ¡A Dios gracias!
ENR. Y luego al Sr. Marqués.
AUR. ¡El Marqués! (*Ap. preocupada.*)
LUIS. Noto hijo mio,
y no es la primera vez,
que de nuestro protector
no estás contento.
ENR. (*Alterado.*) ¿Porqué?
LUIS. Porque siempre que le nombras
hay en tu acento un desden
impropio de aquel que tiene
favores que agradecer.
ENR. Aprension.....
LUIS. Así será,
pero no es fácil dar fé
á tu negativa. ¿Es cierto
Aurora?
AUR. Sí; yo tambien
hé notado.....
ENR. (*Levantándose.*) ¡Va!
AUR. Mis dudas
aquí empiezan á crecer.
ENR. Padre yo no soy ingrato.
LUIS. Ni yo jamás supondré
que abrigue tan feo vicio
tu corazon.
ENR. Pero ¿quién
no ha de tomar por desdicha
que llegue el trabajo á ser,

en vez del santo derecho
de la vida y la honradez,
arma con que la riqueza
al pobre puede vencer?

AUR. No seas soberbio. Enrique,
mira que la humildad es
la virtud mas estimada
por Dios.

ENR. Tia bien lo sé;
mas la abnegacion del hombre
no llega al sumo poder
de Aquel que murió en la cruz
por dar al alma sosten.

LUIS. Pues si en esa abnegacion
no te puedes sostener
abjura de Jesucristo.

AUR. Eso, no.

ENR. ¿Qué dice usté?

LUIS. Escucha y comprenderás,
Enrique, tu pequeñez.
Hace quince años; quince años!
que un hombre cuya honra fué
crisol en donde otras honras
aminoradas se ven,
vió su sangre deshonrada
en una débil muger.

AUR. ¡Por Dios! (*Ap. á Luis.*)

LUIS. (*Ap. á Aurora.*) No temas. Airado
contra suerte tan cruel,
juró terrible venganza
para el miserable ser
que en una incauta doncella
arrojó, con el desden
del vicio, las consecuencias
del venenoso placer.

ENR. Cualquiera hubiese jurado
como ese infeliz.....

LUIS. Pues bien;
el cuitado era un obrero
y el otro.....

ENR. El otro, tal vez
sería un noble opulento.

LUIS. Es lo cierto; mas porque
uno inflamó sus blasones
¿se ha de juzgar como á él
á los demas de su clase?
¿Responde?

ENR. No.

LUIS. ¿Fuera ley
justa que si un jornalero

atropellase el deber,
en sus compañeros todos
cayese la culpa?

ENR. Es qué.....

LUIS. Habla que no te interrumpo.

ENR. Solo hablaré con V. *(Ap.)*

(En este momento dá la hora de la una en el reloj [de la torre.]

LUIS. Adios Aurora.

ENR. Hasta luego.

AUR. ?Ya os vais?

LUIS. ¿Y qué hemos de hacer?
hay que volver al trabajo.

AUR. ¡Ay! demasiado lo sé.

LUIS. Adios.

AUR. El nos acompañe.

ENR. Y que nos proteja El. *(Vánse.)*

ESCENA II.

AURORA.

¿Porqué dicen que el delito
debe el hombre perdonar.
si hay albedrío al obrar,
si no hay porvenir escrito?
¡A cada voz que murmura
sin intencion de agraviarme,
parece aterrorizarme
en mi propia sepultura!
Que vale mas, estimado
dormir en el sueño eterno,
que devorar un infierno
en el desprecio arrojado.
Pero dime, Vírgen mia
tesoro de la piedad
si caí de la maldad.
en la corriente sombría;
Si cual rama sin rigor
de un árbol ya macilento
sucumbí del ronco viento
al empuje bramador,
si al buscar la caridad
en tu nombre fuí á implorarla
y solo pude lograrla
en manos de la maldad.
¿Quién tendrá culpa mayor
en mi precario destino?
¿Quién fué de mi honra asesino
ó yo que perdí mi honor?
¿Quién será menos honrado

al final de la jornada?
¿yo que me encuentro robada
ó el hombre que me ha robado?
Al mundo no le estremece
mi infortunio desdichado,
y cuanto escucho á mi lado
presiento que me escarnece;
yo voy á perder la calma,
¡oh! Vírgen! rasga el capuz
de mis ojos, y á su luz
salga á vindicarse mi alma!

ESCENA III.

AURORA, ANA.

(*Ana llega bastante agitada.*)

ANA. ¡Buenos dias!
AUR. Dios venga
contigo, ¿Ya has acabado?
ANA. No. Pero voy á un recado
y es justo que me detenga
solo para ver á usted.
AUR. Sí, pero el Marqués podria
quejarse.
ANA. ¡Qué tontería!
si es muy bueno su merced.
AUR. ¿Lo crees así?
ANA. ¡Pues no!
¿usted acaso lo duda?
AUR. ¿Yo dudar? tu lengua anuda;
del que tanto nos cuidó?
ANA. Seria infamia; ¿es verdad?
AUR. Y terrible ingratitud,
que agradecer es virtud,
hija, de la cristiandad.
ANA. (Dios me ampare.) Pero ya
está algo entrada la tarde;
y el sol, mas que lucir, arde,
y daño hacerla podrá.
AUR. Cierto; tu primo y mi hermano
hace un instante se han ido,
y yo aquí me he detenido
un poco. Dame tu mano.
(No se que noto.
ANA. Valor.
Despues de tantos tormentos
cerca están ya los momentos
que anuncien tiempo mejor.

(Haciendo un grande esfuerzo se domina, la da la mano Ana.)

AUR. Estoy tranquila.
ANA. Ha mandado
el doctor con mucho empeño,
que ni grande ni pequeño
haya motivo fundado
para que en el dia de hoy
salga usted á recibir
el sol.
AUR. Pues debo cumplir
su órden, que obediente soy.
ANA. Dice que pura y galana
quizá mañana usted vea
la luz.
AUR. ¡Bendito Dios sea!
¡Cuánto tarda ese mañana!
ANA. ¡Todo en este mundo llega!
AUR. Cierto; de uno ó de otro modo;
pero bueno ó malo, todo
tarda mas para una ciega;
que aunque codiciosa avanza,
su contrariado destino
le hace finjirse el camino
rápido cual su esperanza;
desde que negros crespones
cubren mis quemados ojos,
hizo menos mis enojos
soñando con ilusiones.
Veo á través de los montes
rompiendo el negro capuz
mas bella que antes la luz
bañando los horizontes;
y rodeando mi huella
entre nubes de arrebol,
en cada caña un sol,
en cada piedra una estrella.
En torno á la planta mia
la luz contemplo brotar.
¡si vieras al despertar
que mañana tan sombría!
Con ánsia juzgar que llega
el fin del plazo esperado,
considerarle alcanzado,
mirar y encontrarse ciega,
es dolor que no ha entendido
quien su dicha no perdió;
pues nadie el bien apreció
hasta que ya lo ha perdido.
ANA. Usted no debe dudar

de que la vista la espera.
AUR. Al recobrarla, Dios quiera
que no le pida cegar!
ANA. ¿Qué dice usted?
AUR. Nada, nada,
es un pensamiento loco
que me arrebata y... (por poco
me vendo á esta desdichada!)
ANA. Vámonos madre.
AUR. Al momento.
ANA. Vamos que ya el sol calienta.
(¡Cada instante me impacienta
y estoy sufriendo un tormento.)

(*Aurora levantada y apoyada en Ana se vá sostenida por esta hasta la primera puerta del lado de la izquierda que es la de su cuarto; por la cual desaparecen, y mientras lo verifican, dicen lo siguiente y al concluir sale Enrique por el foro.*)

AUR. ¿Vendrá el Doctor...
ANA. Puede ser;
pero no le aguardo yo;
además, dijo que no
vendria hasta anochecer.
AUR. Siendo así.....
ANA. Para esa hora
sabe que todos estamos
y que ansiosos le esperamos.
(La impaciencia me devora.)

ESCENA IV.

ENRIQUE.

Ha entrado; ¿porqué habrá vuelto?
esa impaciencia en que está
hace dias; el contínuo
ir y venir y tornar
de modo tan incesante,
sin objeto en que apoyar
su conducta, es un motivo
para las dudas que están
atormentando mi peche
de un modo tan pertinaz;
ese Marqués..... Dios me libre
de ultrajar la caridad!...
¿y si por desdicha fuese
lo que tiemblo de pensar?...
¡Dios le perdone el insulto
con que aîtivo mas que audaz,
introducir su falacia

pretendiese en este hogar!
Pero ella sale, observemos.
¡Dios me quiera iluminar!

ESCENA V.

ANA, ENRIQUE (oculto.)

(Enrique se oculta en el lado de la derecha. Ana sale á registrar un mueble que habrá en la escena á juicio del actor.)

ANA. Aquí debe ser; en sueños
me lo ha dicho: tanto afan
en ser fijo centinela
de una larga enfermedad,
entender me ha hecho palabras
que nunca pensé escuchar,
¿forjará su calentura
fantasmas? no; que su afan
estan firme y tan perenne
en el modo de soñar,
que quien con lo mismo sueña
sin darse trégua ni paz
un dia, y un mes, y un año,
bien se puede asegurar
que esos sueños son la lava
y está en el pecho el volcan.
En el rincon de esta caja.... .
(Registrando el mueble.)
«Desdoblando el tafetan
»que cubre su fondo, al punto
»en tres dobles se hallará
»el documento plegado
»que puede testificar
»mi inocencia, que los muertos
»á nadie engañan jamás
»en el momento en que dejan
»esta cárcel terrenal.»
Estas fueron sus palabras,
y declarándome están
que yo no puedo casarme;
que nadie me aceptará
porque... yo no se porque,
mas á que alcanzo con luchar
si poner término puedo
á esta mi angustia mortal.
¡Valor!

(Va á abrir el mueble y al propio tiempo aparece el Marqués en la puerta del foro. Enrique hace un movimiento para salir: se oculta.)

ESCENA VI.

ANA, EL MARQUES, ENRIQUE (oculto.)

ANA. (*Poniéndose de espalda al mueble y cubriéndolo con los brazos*)
¿Quién?
MAR. No hay que asustarse,
señorita; ¿á que temblar?
ANA. ¡Dispense usia! es tan raro.
MAR. ¿Qué?
ANA. Que se llegue á acercar
á esta casa....,
MAR. ¡Cómo raro!
Pues; no vine con afan
á buscar á ustedes?
ANA. Sí;
pero.....
MAR. ¿Qué de nuevo hay
si yo, al ver que usté se aleja
de mi casa, averiguar
pretendo cuál es la causa
de su ausencia pertinaz.
Creíamos que el motivo
seria una enfermedad;
de modo que yo, cumpliendo
lo que debo practicar
me apresuro á venir.....
ANA. ¡Gracias!
MAR. Es deber; no caridad.
ENR. ¿Que pasa aquí? Es diablo ó santo? (*Ap.*)
ANA. Dios mio.....
MAR. ¿Qué ocurre? ¿que hay?
ANA. Pues nada; que como en casa
hay enfermo.....
MAR. ¡Voto vá!
¡la ciega!
ANA. ¡Nuestro cuidado!....
MAR. ¿Pues? no tengo yo demás
los criados?....
ANA. ¡Ah! señor:
los criados no serán
sino personas que al cabo
y al fin se habrán de cansar,
el que no rendido al sueño,
á su poca voluntad.
MAR. A mí siempre me hán servido
todos; digo, hay que exceptuar.....
ANA. ¿A quien?

MAR. A tí.
ANA. Gracias; pero
¿que comparacion habrá
entre un criado y un hijo?
MAR. Hijos no tuve jamás.
ANA. Por eso usted sus caricias
tal vez no sabe apreciar.
MAR. ¿Cómo puedes comprender
cariño tan eficaz
si segun tu tio dijo
no conociste jamás,
padres?
ANA. Esa infortunada
que nunca ha visto mi faz
es la qué, apenas hablé,
señor, me enseñó á rezar;
por ella comprender pude
lo que tras ese cendal
diáfano nos guarda Dios
en la bóveda eternal
si no llegamos los pasos
de la virtud á olvidar,
¿que mas se puede deber
á una madre? ¿quien podrá
decirme que no es su seno
mi regazo maternal?
MAR. Yo no conocí á la mia,
y claro..... no puedo hablar
de cariño tan inmenso.....
ANA. Que en el mundo es sin rival.
Pero á quien le faltan padres,
¿por ventura no hallará
por donde quiera, á la madre
de toda la humanidad?
MAR. A esto hé venido yo aqui,
pero es fuerza contestar; (*Ap.*)
yo no conocí á mis padres.
De familia señorial (*Con altivez*)
soy vástago.
ANA. Yo no pienso
que tenga la caridad
por madre.
MAR. Quiero decir
que apenas la luz solar
me abrió los ojos, de una
aldeana montaraz
caí en los brazos; despues
me llevaron á viajar
por Londres, Roma, París,
es decir por donde están

todos los sábios del mundo
dedicados á enseñar
junto con lo que hace falta,
lo que se debe callar.
Cuando estaba en estas cosas
vino á turbarme el afan
de los curiales: mi madre
su vestidura mortal
habia dado á la tierra
tras de lenta enfermedad,
tan de pronto, que fué inútil
poner empeño en llegar
para que buscando un beso
en su lábio maternal,
ya que no sentí el primero
pudiese el último hallar;
por eso, desesperado
y solo, del vendabal
de la vida combatido,
vivo cruzando este mar,
y aunque el consuelo me falta
me sobra la voluntad
para soportar las penas
que me cercan sin cesar.

ANA. ¡Oh! no desespere usted
de Dios.

MAR. El terreno está
bien preparado: probemos. *(Ap.)*
Si yo pudiese encontrar
yendo por el mundo, un ser
de candidez celestial;
un ángel que los dolores
del alma hiciese olvidar;
Si yo fuese tal feliz
como el que gana un jornal
y cuando marca el reloj
de su faena tenaz
el descanso, torna á casa
y sin penas que llorar
entre sus amados hijos
come un pedazo de pan;....
Si yo tuviese uno solo,
Ana, uno solo no mas,
en este mundo traidor
¿qué tendria que envidiar?

ANA. Pues cásese usted, señor.

MAR. ¡No! no; Anita, de una vez
quiero mi pecho rasgar.
Tú eres huérfana; tus tios,
segun se me ha dicho, están

contentos con el amor
de tu primo. ¿Quién podrá
criticar que te prohije?

ANA. ¿A mi señor?...

MAR. Y quizás
cuando al fin de la jornada
traspase el terreno umbral
de la vida, agradecido
ante el Señor.

ESCENA VII.

Dichos y ENRIQUE.

(*En este momento se presenta Enrique dejando estáticos á los personajes. El Marqués de disimulad inquietud y Ana de asombro*)

ENR. ¡Basta ya!

ANA. ¡Enrique!

ENR. Nada te estrañe.

MAR. ¿Usté aquí?

ENR. Sí, que me atañe
lo que en el honor me vá.

ANA. ¿Qué dices?

MAR. ¿Puedo creer
que habla conmigo?

ENR. Pudiera.

MAR. ¡Cómo! El trabajo te espera
ve á cumplir con tu deber.

ANA. Pero...

ENR. Es justo que el señor
que nos ama, por fortuna
no encuentre mancha ninguna,
prima mia, en nuestro honor.

ANA. No te comprendo. .

ENR. A destajo
al trabajo hay que aferrarse;
no puede honrado llamarse
quien no vive del trabajo.

MAR. ¡Ola! ¡Ola! ¿Esas tenemos?

ANA. Has llegado á imaginar. (*Vase foro.*)

ENR. Cesa ya de preguntar
y el tiempo no malgastemos.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS y ENRIQUE.

(*Enrique cierra por precaucion la puerta del foro por donde se vá Ana. Lo mismo hace con la que dá á*

la habitacion de Aurora, echa al pasar por el mueble que iba á registrar Ana una mirada y se vuelve al Marqués.)

MAR. Esplíquese usted.
ENR. Vuecencia,
es bien que en esta ocasion
no se esplique la razon
de mi audaz impertinencia.
MAR. Es cierto.
ENR. Mas vale así.
MAR. No comprendo su ironía.
ENR. La sinceridad me guia;
no lo dude usted de mí.
MAR. Entonces.....
ENR. No al esplendor
de sus blasones, atento,
señor solamente intento
poner á salvo mi honor.
MRA. ¡Eh! *(Con asombro.)*
ENR. No se que negra idea
va caminando conmigo,
que tomo por enemigo
cuanto mi cuerpo rodea.
En la situacion sombría
que me lanza al arrebato
hay momentos de insensato,
y momentos de agonía.
MAR. No alcanzo.....
ENR. Juzgue usted pues,
aunque oírlo no le cuadre,
si quien duda de su padre
podrá dudar de un Marqués.
MAR. ¿De mí?
ENR. Basta ya de asombros;
cruzando por calles mil
con mi espuerta de albañil
colocada en estos hombros,
poco tiempo ha me acercaba
à casa lleno de fé,
al mismo tiempo que usté
por mi camino pasaba.
Queriendo salir ileso
del peligro de un carruaje,
corrí y en su rico traje
marqué una mancha de yeso;
Alzò usted el baston, y yo
dejé la espuerta en el suelo;
Marqués aquello era un duelo
que solo Dios evitó!
MAR. ¡Un duelo! Toda la gente

criticò la accion de usted.
ENR. ¡La gente! buena merced,
la vagamunda corriente
que por la corte se agita
saludando una levita
de cruces resplandeciente,
olvida á veces; soez!
en su afan adulador,
que hay cruces que dan honor,
pero no dan honradez!
MAR. ¿Qué dice?
ENR. No soy escaso
en quejas.
MAR. ¡Debe estar loco!
ENR. Pues por si yo me equivoco
no le incluyo á usté en el caso.
MAR. En fin, eso ya acabó.
ENR. Todo terminaba allí,
pero al encontrarle aquí
verle, en verdad, me asombró,
premiando los sacrificios
de la virtud y el trabajo,
y repartiendo á destajo
en mi casa beneficios,
porque... ¿Cómo puede ser
que Dios abriese su palma
depositando en un alma
dos modos de parecer?
MAR. Muy sencillo. ¡Quién no yerra!
Yo á usté no le conocia.
ENR. ¡Ya!...
MAR. Ni sospeché que habia
alma tan bella, en la tierra.
ENR. No disculpa lo galante...
MAR. Cedo de mi obcecacion;
que alberga en su corazon
una dignidad gigante.
Siendo Ana tan bondadosa
como se adivina al verla,
comprendí, que es una perla.
ENR. Es honrada. . laboriosa.
MAR. Venir quise á conocer
vuestra constante amargura;
librar á esa criatura
de su eterno padecer.
ENR. (*Con recelo.*) ¿Cómo habeis de conseguir
vuestra idea?
MAR. Fácilmente;
que vaya inmediatamente
á mi palacio á vivir.

ENR. (*Retrocediendo.*) ¿Considerais practicar
la caridad con largueza
aumentando la tristeza
de este castigado hogar?
Mi tia en tormento horrible,
sin Ana aquí, moriria.

MAR. Ceda usted en su porfia...

ENR. De ningun modo, imposible...
Ana no puede querer
siendo un ángel de bondades,
por gozar comodidades,
nuestra dicha deshacer.
Además, hablemos claros
pues voz secreta me grita
que de la preciosa Anita
los dos somos muy avaros.
Yo, que he enjugado su llanto,
yo que sus virtudes veo,
la ambiciono, la deseo...
con un amor puro y santo,
(*Retrocediendo.*) mas voy creyendo, Marqués...
me lo dice el alma mia.,.
que envuelta en hipocresia,
su adopcion, vil lazo es.

MAR. (*Avanzando hácia Enrique en ademam amenazador.*)
¿Qué pruebas tiene el villano
para censurarme así?

ENR. ¿Pruebas... pruebas?... ¡Ay de tí
si las tuviera en mi mano!

MAR. ¿Qué escuche yo tal ultraje
sin..... Mejor es despreciar.

ENR. (*Con ironía.*) Mas vale; al suyo, tocar
no debe mi pobre traje.

MAR. ¿Rechazas mi proteccion
con soberbia altanería?

ENR. Le repugna al alma mia;
lo desprecia mi razon;
que si ella es interesada
por que Ana vale un tesoro,
en este mercado, su oro,
Marqués, no ha de comprar nada.

MAR. Y ¿quién te ha dicho, responde
que vengo yo á pretender
comprar algo, al proteger?
¿Cómo... ni cuando... ni donde
hice alguna indicacion
que tal móvil revelara?

ENR. Es que al mirar vuestra cara,
veros juzgo, el corazon;

y hallar en él, estampado
un satánico deseo.
¡Ira de Dios! Y es mas... creo...
Marqués que estais condenado.
Salid, salid de esta estancia
¿No me entendeis...? con presteza...
Dejadnos nuestra pobreza.
Idos con vuestra arrogancia.

MAR. ¿Eres infame, ó un loco?
Ana en pos de mí vendrá.

ENR. Eso nunca..... no será.
(*Avanzando hácia el Marqués.*)

MAR. Lo has de ver dentro de poco. (*Vase foro.*)

ESCENA IX.

ENRIQUE.

¡Llevarse á Anita ese hombre!
está resuelto mas yo
su proyecto haré cenizas.
¡quimera vana! ¡ilusion! (*Pausa.*)
Solo estoy, se me figura
que el oficio de ladron
voy á ejercer ¿qué habrá ahí dentro
algun tesoro? ¡qué error!

(*Despues de mirar á todas partes abre el cajon con mano convulsiva.*)

Oí que bajo del forro... (*Registrando.*)
¡Ah! ya está aquí! ¡quiera Dios
que no sea este papel
motivo de maldicion!

(*Se acerca al proscenio y lee con emocion propia de la situacion.*)

«Próxima á perder la vista
»y augurando en mi afliccion,
»que tras ella mi existencia
»perderé con mi dolor,
»en esta suprema hora
»y ante la imágen de Dios,
»que tal vez será mañana
»prueba, al par que acusacion;
»yo declaro que Ana, á quien
»mi hermano Luis prohijó
»por ser hija de un amigo
»que sin ver el patrio sol
»sucumbió en estrañas tierras,
»sin darla el postrero á Dios,
»es hija mia, mi cielo,
»mi adorada redencion,

»siendo lo demás mentira
»que ocultaba el deshonor
»de una víctima que ignora
»quien su mal y bien causó,
»que si mal fué mi deshonrra,
»Dios en Ana el bien me dió.
»El Marqués de..... (que he leido.)
»Fué quien el alma me hirió.»
¡Cielos! ¡qué horrible secreto!
pero ¿qué importa? ¿Soy yo,
tan vil que culpas ajenas
fraguadas por un traidor
eche sobre el inocente?
Eso no Enrique, eso no.
Ahora con este papel
ese opulento Señor
no pretenderá guardarla,
fuera para él un baldon ..

ESCENA X.

LUIS y ENRIQUE.

ENR. Y desistirá no hay duda.
¡Corramos!
LUIS. ¿Donde vas?
ENR. Voy
á salvar á Anita.
LUIS. ¿Cómo?
¡Tú deliras! eso no.....
ENR. ¡Qué el Marqués quiere llevarla!
ofreciendo proteccion...
LUIS. ¡No será mientras aliente!
ENR. ¡Oh! ya callará su voz
cuando sepa que es Anita
hija de Aurora!
LUIS. (*Furioso.*) ¡Gran Dios!
¿Quién lo ha dicho?
(*Asiéndole de las manos.*)
ENR. Aurora misma.
LUIS. (*Le suelta.*) ¡Infierno!... condenacion!
ENR. ¡Voy volando! ¡ni un momento
tengo que perder! ¡adios!
LUIS. ¡Aguarda! Infeliz, espera.....
ENR. ¡Es mi vida; mas, mi amor!
(*Vase precipitado.*)

ESCENA XI.

LUIS.

(*Desesperado.*) ¡Cielos!..... y ¿qué puedo hacer?
ese imbécil mentecato
al aire dará insensato
el secreto, sin querer.
Adios mi soñada dicha,
¿para qué temer la muerte
si siempre ha de ser la suerte
principio de la desdicha?

ESCENA XII.

LUIS, AURORA, y despues el MEDICO.

(*Aurora sale; al verla, ciego de furor, se abalanza á ella.*)

AUR. ¡Luis!
LUIS. Ven..... ¿con que has revelado
tu secreto?
AUR. ¿Qué profieres?
LUIS. Si lo temia; si eres.....
AUR. ¡Oye!
LUIS. ¡Estoy desesperado!
AUR. ¡Escucha!
MÉD. (*Al foro.*) Que pasa aquí?
AUR. ¡Madre de Dios soberano!
LUIS. Ni todo el género humano
puede librarte de mí.
MÉD. (*Se coloca dela te de Aurora,*)
Yo me pongo entre los dos.
(*Protegiendo á Aurora con sus brazos.*)
LUIS. ¿Es usted la Providencia?
MÉD. Soy apóstol de la ciencia
que es satélite de Dios.
(*Cuadro. Luis se humilla.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa del Marqués, lujosamente amueblada, puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

TORIBIO.

(Limpiando una levita.)
Pues señor, lo que es la mancha
no se quita, aunque le dén
con todos los específicos
que puede en el mundo haber.
No supieron los criados
quitarla; los regañé,
me pongo á limpiarla yo
y confieso sin querer,
ó que todos somos torpes
ó que el mismo Lucifer,
se metió en esta levita,
y no hay quien pueda con él.

ESCENA II.

TORIBIO y un CRIADO.

CRIA. D. Toribio. esta tarjeta.....
TOR. Enrique Rivera, obrero *(Leyendo.)*
¿Alguna limosna? y bien: *(Al criado.)*
no sabes que hoy no recibe
á nadie el Sr. Marqués....?
CRIA. Al sugeto de quien habla
negar la entrada intenté;
mas, es tanta su insistencia,
y tanta su afliccion es,
que no se puede hacer menos
que quererle complacer.
TOR. Bueno; que haga un memorial
y yo le prometo que
será pronto despachado.

CRIA. Dice que bien puede ser
que hoy esta entrevista logre
su vida salvar. Conque.....
TOR. ¡Diablo! dile pues que pase.
CRIA. Al punto.
TOR. Por cierto que es
triste situacion servir
en casas de este jaez;
cartas, ruegos, memoriales,
suspiros, llanto; qué hacer?
ó tener este de piedra (*Por el corazon.*)
berroqueña, ú obrar bien,
como hace todo cristiano
que cumple con su deber.

ESCENA III.

TORIBIO y ENRIQUE.

ENR. (*Sale acompañado del criado que le enseña á Toribio y se retira.*)
TOR. ¿Es usted el que desea
ver al Marqués?
ENR. Si señor.
TOR. Pues le ruego con dolor
que desista de su idea.
ENR. ¿Porqué?
TOR. Porque la órden ha dado
de que á nadie se reciba.
ENR. Es que en esta audiencia estriba
la vida de un hombre honrado.
TOR. Diga usted, pues, lo que quiera
que yo en ello intervendré
y en servir á usted tendré
satisfaccion verdadera;
Que aunque mi dueño es altivo,
atiende á mis opiniones
y á fuerza de reflexiones
le hago ser caritativo.
ENR. Yo no le vengo á pedir
ni proteccion ni dinero.
TOR. Pues entonces.....
ENR. Lo que quiero
él solo lo debe oir.
TOR. Esa reserva respeto.
ENR. A ella mi esperanza asida,
me anima la fé.
TOR. En mi vida
he pecado de indiscreto;
y pues estoy convencido

de su dolor inhumano,
haré cuanto esté en mi mano
por dejar á usted servido.

ENR. ¡Oh! gracías, no olvidaré
nunca tan grande favor.

TOR. Hacer bien manda el Señor,
yo cumplo así: Aguarde usté

(Vase Toribio por la primera p erta de la derecha despues de invitar á Enrique con una seña para que se siente.)

ESCENA IV.

ENRIQUE.

¡Qué regia magnificencia!
¡cuanto alarde del dinero,
en tanto sufre el obrero
en brazos de la indigencia!
No hay nada aquí que no sobre,
mientras con ira sin tasa
hoy nos arrojan de casa
por un puñado de cobre!
Pero es necio batallar
contra el mundo; así está hecho,
y aun nos resta algun derecho;
el de sufrir y callar:
La riqueza al egoismo
tiene por segura llave,
al ser yo rico: quien sabe,
si pensaría lo mismo!

ESCENA V.

TORIBIO y ENRIQUE.

ENR. ¿Qué ha dicho?

TOR. No aguarde usted
conseguir su objeto.

ENR. *(Con dolor.)* ¡Oh!

TOR. Con verdadero interés
quise cumplir la mision
que me impuse, pero en vano,
en cuanto el nombre leyó
de la tarjeta, en sus ojos
pintado he visto el furor.

ENR. Pues qué? acaso me conoce?

TOR. No lo sé, pero exclamó
diga usted á ese inquilino
que si espera algun favor

ó viene con queja alguna,
de eso no me ocupo yo;
pues para estas mezquindades
tengo un administrador.

ENR. Sea de ello lo que quiera
necesito verle hoy.
Ahora mismo.

TOR. Bien quisiera,
pero.....

ENR. Le veré..... pues yo
soy muy terco. y cuando salga,
le espero.. .. Sí, Adios.

TOR. (*Encogiéndose de hombros*) ¡Adios!

(*Al ir á salir Enrique se tropieza con el Médico que entra.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE, TORIBIO, y el MEDICO.

MÉD. Usted aqui?

ENR. Eso pregunto;
aqui usted, ¿porque razon?

MÉD. A mi noble profesion
en cualquier parte hay asunto.
Hágame pues la merced
de ver un hermano en mí;
tan médico soy aqui,
como en su casa de usted.

ENR. Entonces podrá alcanzar
lo que yo vine á pedir
y no pude conseguir.

TOR. El señor puede lograr
lo que el Marqués ha negado.

MÉD. Pues si yo lo puedo hacer
le prevengo con placer
que lo tiene usted logrado.

ENR. Una audiencia pretendia.

MÉD. Otra tambien solicito.

ENR. Mas la que yo necesito.....

MÉD. Será despues de la mia.

ENR. Es que en ella se interesa
la paz de mi honrado hogar.

MÉD. Quizá, consiga alcanzar
un buen término á su empresa.

ENR. Usted?....

MED. Lo he tomado á empeño
y ya es cosa que me atañe.

ENR. Permita usted que me estrañe.

MÉD. ¡De mi conducta!

ENR. ¡Yo sueño!
MÉD. Usted no juzgue heroismo
ni de caridad trasunto,
porque al cabo en este asunto
juega mucho el egoismo.
ENR. Déme usted una explicacion.
MÉD. En darla no hé de tardar
ENR. Pero.....
MÉD. ¿Puede usted dudar
de mi recto corazon?
ENR. ¡Yo..... nunca!
MÉD. Pues no perdamos
tiempo que al caso se debe,
y verá usted como en breve
plazo, de todo triunfamos.
Si mi esperanza confirmo,
ustedes satisfarán
sus deudas y vivirán
tranquilos: yo se lo afirmo.
ENR. ¿Y usted á ganar que llega?
MÉD. No hay que cuidarse de mí
corra usted y vuelva aqui
con su padre y con la ciega.
ENR. ¿Para qué?
MÉD. ¡Cuanta impaciencia!
ENR. Bien; sea, yo desvario (*Ap.*)
á ojos cerrados me fio
de su palabra y su ciencia.
(*Vase. Tambien sale Toribio llevando la levita Toribio por la derecha, Enrique foro.*)

ESCENA VII.

EL MEDICO y ANA.

MÉD. Dios á mis lábios no niegue (*Ap.*)
la inspiracion!
ANA. (*Sale y se sorprende al ver al Médico.*)
¡Toribio! ¡ah!
MÉD. ¿Le sorprendo á usted, Anita?....
ANA. Quien habia de pensar.....
MÉD. Encontrarme aqui? pues eso
es cosa muy natural;
Médico soy del Marqués
y le vengo á visitar,
á menudo.
ANA. Entonces.....
MÉD. Pero.
no es esa la principal
causa que hoy me trae aqui,

ANA. No adivino..... usted dirá.
MÉD. Es el caso que no sé
Anita como empezar.
ANA. En lo que quiera decir
presumo que nada habrá,
nada, que digno no sea
de quien á decirlo vá.
MÉD. Eso núnca; usted conoce
mi carácter.
ANA. No hay que hablar
en ese asunto; me constan
su honradez, su probidad,
por eso.....
MÉD. Si usted supiera
cuanto contento me dan
sus frases, tal vez llegára
mi intencion á adivinar!
ANA. (Serán ciertas mis sospechas?
pero, imposible!)
MÉD. ¡Que afán! (*Ap.*)
ANA. Es tanto cuanto yo aprecio
las bondades de usted..... (*cortada*)
MÉD. ¡Ah!
ANA. Usted nos há socorrido
señor, con interés tal
que de mi agradecimiento
nadie pudiera dudar.
MÉD. Aspiro á mas galardon.
ANA. Si la gloria celestial
fuese mia, se la diera,
esta deuda por pagar;
mas ya ve usted á servir
me obliga la gran bondad
de los que tan generosos
me dieron abrigo y pan.
MÉD. Pues bien Ana; si usted quiere,
su sociego encontrará.
ANA. ¿Si yo quiero?
MÉD. Eso es preciso.
ANA. Escucho con ansiedad.
MÉD. Pues, atendiendo al candor
con que usted diciéndo está,
cuanto en este instante piensa,
ya no debo vacilar.
Anita; yo fuí llamado
como usted recordará
para devolver la vista
á esa mujer sin igual,
cuyos negros sufrimientos
espanto á veces me dán;

alli tropecé en los ojos
de un semblante angelical
y al punto quedó rendida
en ellos mi voluntad.
Hipócrita más que sábio
¿para que lo he de negar?
repetia mis visitas,
con tan rara asiduidad,
que á otros enfermos dejaba
á veces sin auxiliar.
Es que el amor abrasaba
mi ser, con llama voraz;
Era que alma, y corazon
me decian, sin cesar
«un ángel has encontrado;
en él tu dicha hallarás.»

ANA. ¡Oh!

MÉD. Dispense usted Anita
si mi voz hace llegar
el rubor á sus mejillas.....

ANA. Yo..... no sé..... (*turbada.*)

MÉD. Es muy natural
su turbacion, pues me expreso
con tanta celeridad.....

ANA. No; si es que..... yo.....

MÉD. ¿Mi sentencia
no se atreve á pronunciar?
Hable usted, por compasion.

ANA. Mis lábios ¿qué le dirán,
sino qué es la dicha tanta
que la juzgo un delirar?
Mi razon está turbada.....

MÉD. Con que mi felicidad
es un hecho?

ANA. Perdonadme,
pero yo no puedo más. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

MEDICO, MARQUES, y TORIBIO.

(*Toribio, señala al Médico y se retira por el foro.*)

MAR. ¡Ola! Doctor, su desvelo
me prueba en esta visita,
aunque hoy no la necesita
mi salud, gracias al cielo.

MÉD. Hoy no vengo á recetar
en contra del mal impio
sino que para uno mio
remedio vengo á buscar.

MAR. Sabio no soy y lo siento.
MÉD. En este caso mi ciencia
está á merced de V. E.
MAR. Deje usted el tratamiento;
frente de un amigo estoy,
no lo olvidaré jamás,
y por un título mas
no hé de ser ménos que soy.
MÉD. Eso me honra en demasia.
MAR. Prueba solo estimacion.
MÉD. Présteme pues atencion.
MAR. Presiento un daño, á fé mia. (*Ap.*)
(*Invita á sentarse al Médico y ambos toman asiento.*)
Hable usted:
MÉD. Aunque hacer historia
no le parezca oportuno,
no seré muy importuno
al reclamar su memoria.
MAR. Toda vez que estoy dispuesto
sus palabras á escuchar,
usted no puede dudar
que no me importuna en esto.
MÉD. Pues bien..... Ana.....
MAR. Lo temí. (*Ap.*)
¿Usted la ama?.... (*al Médico.*)
MÉD. (*Ap.*) Lo ha previsto.
¡Mucho!
MAR. ¿Y ella por lo visto
responde á ese afecto?
MÉD. Sí,
Crecieron nuestros amores
en el silencio encerrados
con pureza embalsamados,
cual nace la flor.
MAR. Las flores
siempre fueron compañeras
de sentimientos amantes;
que bordan lindas. brillantes
del corazon las laderas!
Dichoso aquel que ha nacido
para gozar de su ambiente,
y su dulce influjo siente
en el vergel escondido.
MÉD. ¿Que habia de suceder?
yo Médico de la casa,
gracias á mi ciencia escasa,
anhelado vine á ser;
Movido por su quebranto
y esclavo de su belleza,

la consolé en su tristeza
y logré secar su llanto,
al par que mi amor crecia
más y más, cuando miraba
lágrimas que por mi daba
la gratitud que sentia
y más, y más me esforcé
á la ciega por curar;
tanto, que puedo jurar
que al fin lo conseguiré;
Confieso que mis favores
Marqués, no serian tantos
sin adorar los encantos
á que aspiran mis amores.

MAR. Doctor, yo pienso lo mismo,
pues en esta amarga vida;
mas que la virtud, se cuida
el placer del egoismo!
Vino á matar mi ilusion. (*Ap.*)

MED. ¡Nada hay en esto que asombre!

MAR. Es muy natural. (Este hombre, (*Ap.*))
viene á ser mi expiacion?)
Sea usted franco, yo haré
por dar ánimo á su pecho.
(Pero tengo mas derecho, (*Ap.*)
que tú; y no lo cederé!)

MÉD. Poco resta que añadir,
cuanto he dicho lo ha dictado
mi corazon; y es probado
que mi dulce porvenir
tan solo, Marqués, estriba
en ser de Anita el esposo.
¡Sin ella muero! es forzoso!
déjeme usted pues, que viva.

MAR. Que me es esa peticion
muy grata no he de negar;
pero es preciso contar
con otra autorizacion.

MÉD. ¿Cuál?

MAR. La de aquel que amparara
su orfandad y su indigencia.

MÉD. No debe dar la licencia
quien en usted delegára.

MAR. Sin embargo, yo no puedo
resolver en conclusion;
mas cuando á la intervencion
de usted mis derechos cedo,
porque no juzgue al revés,
diga á ese buen artesano

que aquí le espera mi mano,
que aquí le aguarda el Marqués.
(*Vase el Médico por el foro.*)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS, despues TORIBIO.

¡Imbécil! ¿Juzcas acaso
que yo te pudiera dar,
tan fácilmente el tesoro
que con tanto, tanto afan
para colmo de mis dichas
he logrado aprisionar?
¡Ha de ser el corazon
de esa niña, angelical,
presa de mi victoria
cueste lo que cueste; y ya
de tal modo mi pasion
es inmensa, colosal;
que si no logro saciarla
estoy resuelto á matar.
¡Toribio! (*Llamando.*)

TOR. (*Saliendo.*) ¡Señor!
MAR. Toribio
que Ana venga sin tardar.
(*Vase por la izquierda Toribio.*)
Cuantos recursos conciba,
en el lance he de apurar;
y si no logro venverla
ninguno la vencerá.

ESCENA X.

MARQUES, ANA y TORIBIO.

(*Salen Ana y Toribio, este último por el foro.*)
ANA. ¿Usted me llama?
MAR. Sí.
TOR. (La alondra y el gabilan) (*Ap. vase.*)
ANA. Obediente á su mandato
aquí estoy.
MAR. Fuerza es hablar;
en el estremo en que estamos,
con entera claridad
para venir á entendernos.
¿No es esto?
ANA. (*Con recelo.*) Yo... la verdad...
MAR. Tù no ignorarás que viendo
la triste necesidad,

de aquellos que te ampararon
he logrado separar
de esa purísima frente
la helada mano fatal
de la muerte.

ANA. Yo no sé
de que nació su bondad;
mas si el agradecimiento
puede tal obra pagar,
cuente señor, con el mio
que nunca le faltará.

MAR. No pretendo esclavizarte.

ANA. No lo pensaré jamás,
porque, con fines malvados
es crimen la caridad,
y usted por su ilustre nombre
nada al crímen puede dar.

MAR. Bien, Ana, ya que te espresas
con tanta sinceridad,
no en preámbulos inútiles
mi lengua se detendrá
Tú por pecados agenos
que solo Dios á juzgar
tiene derecho, te encuentras
en la terrible orfandad
de los séres.

ANA. ¡Ah! señor
si es que á recordarme vais
mis infortunios, poned
aqui al discurso un final!

MAR. ¡Cálmate!

ANA. (No se porqué (*Ap.*)
tiemblo.)

MAR. Debo recordar
tu desdicha, porque adviertas
que esta culta sociedad
que sus leyes nos impone,
jamás se atreve á abrigar
en su seno á los espósitos.

ANA. ¡De esa negra iniquidad
el motivo á Dios pregunto!

MAR. ¡Y no quiere contestar!

ANA. Yo su silencio venero,
que en su trono celestial
al advertir mis congojas
justicia á mi daño hará!

MAR. Está bien: pero entre tanto,
en el barro mundanal
en que vivimos, muy pocos
ó tal vez ninguno habrá,
que al saber tu condicion
quiera ir contigo al altar.

ANA. Eso señor lo rechazo:
¡soy honrada!

MAR. Sí en verdad;
mas al mundo no le basta
tu honradez.

ANA. ¿Qué pide mas?

MAR. Un legítimo apellido.

ANA. Mi esposo me lo dará.

MAR. ¿Tu esposo? (Es verdad ¡le ama!) (*Ap.*)

ANA. Cierto. (Me vendió mi afan.) (*Ap.*)

MAR. No te digo que á un esposo
nó puedes nunca aspirar.
Tú necesitas vivir
tranquila, en la soledad
de mi casa...

ANA. ¡Oh! ya comprendo,
adivino lo que hablar
quereis, y antes que á la lengua
salga ese intento fatal,
debo jurar que en mi honor
no ha de haber mancha jamás!

MAR. Pues si has nacido sin padres
¿qué otra mancha has de buscar?

ANA. ¡Dios mio! Lo que usté dice
mancha sin duda será
no para mí, para aquellos
que oculta la llevarán;
mancha como la del yeso,
que es difícil de quitar
en la ropa, mas se borra;
la que no se limpiará
es la que ennegrece el alma
cuando en la conciencia está.

MAR. Nó es mala comparacion:
y vienes á recordar
con ella al audaz obrero
que me manchó mi gaban.
Pues oye; ya que adivinas
los deseos que auyentar
quiero en vano de mi pecho,
ó mi amor has de aceptar,
ó de toda esa familia
que te ha dado techo y pan,
desde este mismo momento
la ruina dictada está.

ANA. ¡Eso no!

MAR. Piénsalo bien,
y luego contestarás.
(Si de esta vez no sucumbe (*Ap.*)
en nada he de reparar,
Enrique es su amor, mas juro
que esposa de él no será.) (***Vase.***)

ESCENA XI.

ANA, luego ENRIQUE,

ANA. ¡Ahora comprendo de ese hombre
la tierna solicitud!
¡quiere manchar mi virtud
en desdoro de su nombre!
¡Horror! Y si de tal suerte
me cierra todo camino,
para vencer mi destino
sabré apelar á la muerte,
pero ¡ay! de mi rapto en pos
arruinados quedarán
los que me dieron su pan
¿que hacer? ¡ampárame Dios!

ENR. Ana. (*Saliendo.*)

ANA. Enrique.

ENR. La ocasion
es forzoso aprovechar. (*Ap.*)

ANA. ¿Que vienes aquí á buscar?

ENR. La paz de mi corazon.

ANA. Como! Tiemblo al comprender
lo que su rostro revela. (*Ap.*)

ENR. Ana escúchame y consuela
las angustias de mi ser.

ANA. Si en mi estriba tu reposo
juro que lo has de encontrar,
¿mas yo qué puedo alcanzar?

ENR. Puedes hacerme dichoso.

ANA. ¡Cielos que es esto que siento! (*Ap.*)

ENR. Dime; ¿no has adivinado
el inmenso amor grabado
en mi eterno pensamiento?
Juntos, bajo el mismo techo
te queria como hermana,
pero de la ley humana,
brotó la voz en mi pecho;
bendiciendo tu candor
viví en silencio á tu lado
por mi voluntad cargado,
con las cadenas de amor;
cuando lejos de mi hogar
sé que estás, pierdo la calma,
la muerte siento en el alma
y no es posible callar;
Sin el cariño que anhelo
y en el que mi ser se encierra,
no hallo dichas en la tierra
ni luz encuentro en el cielo;
al que llamabas hermano
vuelve los amantes ojos
si es que no te causa enojos

el amor de un artesano.

ANA. ¿Enojos tú? Enrique calla,
¿cuando los hallaste en mi?

ENR. ¿Y viste mi afecto?

ANA. Si
¿y el Marqués? mi pecho estalla. (*Ap.*)

ENR. Ana la vida me dás!

ANA. ¡Oh! que horrible padecer.

ENR. Como?....

ANA. Yo no puedo ser
esposa tuya jamás.

ENR. ¡Ana!

ANA. Esa dicha soñada
ha sido un ave de paso.

ENR. ¡Cielos!.... ¿que dices? acaso.....

ANA. No prosigas... soy honrada.

ENR. Y no me puedes decir
por qué..... ¿así mi pecho hieres?

ANA. Enrique, no puedo: hay seres
que nacen para sufrir!

ENR. ¡Ah! dime que es un delirio
lo que te estoy escuchando!

ANA. Déjame seguir andando
por la senda del martirio!

ENR. Pero esto no puede ser!

ANA. Sí ¡por nuestro mal!

ENR. ¡Impia!

ANA. Quizá llegues algun dia,
mi razon á comprender.
No mas á decir alcanza
la que á tu amor respondió,
soñé..... al despertar se hundió
para siempre mi esperanza!

ENR. ¿Qué puede en el mundo haber
que me robe tu virtud?

ANA. De un lado la gratitud
y de otra parte el deber;

ENR. ¡Por fuerza perderé el juicio!

ANA. Suframos juntos los dos
y eche en su balanza Dios
este inmenso sacrificio.

ESCENA XII.

ANA, ENRIQUE, AURORA, LUIS.

ANA. ¡Ah! señora. (*Al ver entrar á Aurora.*)

AUR. Aquí á mis brazos

LUIS. Que opulencia (*mirando al rededor.*)

ENR. Padre mio
sáqueme usté por piedad
de esta amargura en que vivo!

ANA. Me mata ver su quebranto.

AUR. ¿Lloras Ana?

ANA. Necesito.
verter de usted en el seno
las lágrimas que reprimo!
venga usted.
LUIS. A donde vais?
ANA. Un instante necesito
á solas hablar con ella.
AUR No se como no vacilo,
y al estrecharla en mi seno
todo el secreto no digo.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

LUIS y ENRIQUE.

LUIS. ¿Qué nuevo dolor te aflge?
ENR. ¡Ay! padre el mas infinito
de cuantos hasta hoy tenaces
mi corazon han herido.
LUIS. Habla, que mas que mis penas,
me destrozan tus gemidos
el alma.
ENR. Entre los pesares
que con teson inaudito
en nuestro pobre tugurio
constantemente han llovido,
una esperanza risueña
alfombraba mi camino
de flores, y sostenia
mi fé, mas; era un delirio!
y al volver á la razon,
en pavesas convertido
veo mi dorado sueño,
y soy presa del martirio!
LUIS. ¿Amas?
ENR. A un ángel.
LUIS. ¿Y ella
no responde á tu cariño?
¡ya lo comprendo!
ENR. No es esa
la desdicha con que lidio.
Ella responde á mi anhelo
¿y como no, si ha leido
constantemente en mis ojos
del corazon los latidos?
Ana es, padre la señora
de mis amantes delirios,
en ella tan solo pienso,
tan solo por ella vivo!
LUIS. No te merece.
ENR. Es honrada.
LUIS. Eso.....
ENR. Padre, yo lo afirmo,

porque el alma me lo dice.
LUIS. Es cierto. (Rencor maldito, (*Ap.*)
¿de las faltas de los padres
que culpas tienen los hijos?)
TOR. ¡Su escelencia? (*Aparece en la puerta.*)
(*En voz baja y se retira.*)
LUIS. De entendernos
llegó el momento preciso.

ESCENA XIV.

LUIS, ENRIQUE y el MARQUES.

MAR. ¿Aquí los dos? en verdad
tal visita no esperé.
LUIS. ¡Còmo! ¿No aguardaba usté...
MAR. (Firmeza y serenidad.((*Ap.*)
LUIS. Aquí se nos ha llamado.
MAR. (*A Luis.*) Solo á usted.
ENR. Si yo he venido
por causa distinta ha sido
de la que usted haya pensado!
MAR. Forzoso es tener paciencia,
mas, pues tanto se propasa,
no olvide que está en mi casa,
y nadie sin mi licencia
traspasar debe el umbral.
ENR. Si usted de otro modo obrase
yo á las leyes no faltase
de la práctica social.
MAR. No provoque usted mi enojo
ya que en oirle consiento,
ó al punto de este aposento
con justa razon le arrojo.
Otra vez de mi bondad
sobérbiamente abusó,
y aunque loco, pretendió
herirme en la dignidad;
ahora no ha de ser así,
y nada perdonaré.
ENR. ¿Quién le dá derecho á usté
para perdonarme á mí?
Despreciando el pobre trage
de humilde y honrado obrero
orgulloso y altanero
me hizo en público un ultraje;
¡el recuerdo aun hoy me irrita!
MAR. Esto raya en el esceso!
ENR. Porque le manché con yeso
la manga de su levita!
Me fué forzoso callar
por mi humilde condicion,
mas diga usted, en razon
¿quién tiene que perdonar?

MAR. Vamos ya entiendo el anhelo
(*Con sarcasmo.*)
que demuestra en injuriarme;
(*Riéndose.*) viene usté airado á insultarme
para provocar un duelo.
ENR. En tal cosa no he pensado;
mas si así lo quiere usté,
puedo asegurarle que
no quedará desairado.
MAR. No hay motivo ni razon
para obrar de tal manera;
ni yo, aunque la hubiese, diera
tamaña satisfaccion.
ENR. ¿Qué dice usté?...
MAR. No se asombre,
que si en tal cosa ha pensado,
claro está que se ha olvidado
de mi clase y de mi nombre.
LUIS. ¡Oh! déjame responder
ante tanta altanería,
no hay en el mundo, á fe mia,
quien se pueda contener.
¿Como ha pensado, señor,
que aunque la razon le sobre,
derecho no tenga el pobre
para defender su honor?
¿Donde existe alguna ley
que autorice la deshonra?
En cuestiones de la honra
es el siervo igual al rey. (*Pausa.*)
El que infiere algun agravio
lo sostiene, ó se desdora,
y la mano es fiadora
de los errores del lábio.
Nada importa el apellido;
el honor la verdad es,
que en la capa de un Marqués
puede esconderse un bandido.
MAR. ¡Basta!
ENR. ¡Padre!
LUIS. Mi intencion
no va á usted directamente, (*Al Mar.*)
me defiendo y solamente
es una suposicion. (*Pausa.*)
MAR. Pues de esas suposiciones
yo no me puedo arredrar
que nunca llegué á empañar
el lustre de mis blasones.
ENR. ¿Qué nunca? con que cinismo
lo está usted asegurando,
cuando los está empañando
señor Marqués, ahora mismo.

MAR. ¿Cómo?
ENR. ¿Pues con que intencion
un título tan altivo
se acercó caritativo
á nuestro pobre rincon?
MAR. Aunque usted en su desman
lo olvida, yo fuí á sacarles
de la miseria y llevarles
mis consuelos y mi pan!
y usted rechaza orgulloso
tan tierna solicitud!
ENR. ¡Esto más!
LUIS. (*Con ironía.*) ¡Cuánta virtud!
cuan noble, cuan generoso
ensalza usted la hidalguia
de su proceder! valiera
todo un mundo: si no fuera
refinada hipocresia!
MAR. ¡Miserable! (Corazon (*Ap.*)
calla.)
LUIS. Silencio, ó le cojo
y sin reparo le arrojo
al punto por el balcon!
Dígame usté ¿con qué intento
es de Anita protector?
con el de vil seductor,
solo á su hermosura atento.
MAR. A insulto tan atrevido
no tengo que responder
pues no debo defender
culpas que no he cometido.
ENR. Cierto; su buen corazon
se apresuró á demostrar
era fuerza aprovechar
tan magnífica ocasion.
Mas cualquiera imaginara
señor Marqués, otra cosa
pues no haciéndola su esposa
de otro modo la amparara.
MAR. ¡Mi esposa! (No puede ser.) (*Ap.*)
LUIS. Su esposa; de otra manera
el mundo entero dijera
que usted la quiere perder.
Ya no le voy á insultar
ni me importa, á lo que entiendo,
que usted, á su amor cediendo
nos lance de nuestro hogar.
ENR. Y ni posible seria
lo que usted piensa.
LUIS. (Es verdad.) (*Ap.*)
ENR. ¿Olvida que en ella está
prisionera el alma mia?

MAR. ¡Ya entiendo!
ENR. La amo con tanto
delirio y tal padecer
que ella es el único ser
que hiciera brotar mi llanto.
MAR. Y ella?...
ENR. Con inmenso amor
responde al afecto mio.
MAR. Y á otro tambien.
ENR. (*Sarcasmo.*) ¡Desvario!
¿A usted quizá?
MAR. Al del señor.
(*Señalando al Médico que se ha presentado momentos antes en la puerta del foro y ha escuchado el final de la escena.*)

ESCENA XV.

Dichos y el MÉDICO.

ENR. ¿Es verdad? (*Con sorpresa.*)
MAR. No ha mucho rato
que sus lábios me lo han dicho.
MÉD. Es cierto; y puedo jurar
que con fundamento ha sido.
ENR. ¡Pero esto es un sueño!
LUIS. Al fin
mujer!
ENR. ¡Qué horrible delirio!
MAR. (A*p*.) (Como gozo en su dolor.)
ENR. Pero si sus lábios mismos
ha un instante respondieron
á mis amantes latidos,
con frases de tierno amor,
con raudales de cariño!
MÉD. ¿Nos habrá burlado á entrambos?
ENR. Engañarme!
MAR. Por lo visto.
(¡Corazon goza en tu encono!) (A*p*.)
LUIS. (Al fin hija del delito.) (*Ap*.)
ENR. Pero si no puede ser!
y si lo fuera, concibo
que la mujer y el demonio
respiran aliento mismo!
(*Excitado.*) Ana. (*Llamando.*)
MAR. ¿Qué pretende usté?
ENR. ¡Ana! (*Con mas fuerza.*)
MÉD. Pero ¿está en su juicio?
ENR. Aqui existe algun misterio
y pretendo descubrirlo.

ESCENA XVI.

Dichos y ANA.

(A*na sale precipitadamente y queda parada ante la actitud de los personajes.*)

ANA. (*Ap.*) ¡Qué gritos!
ENR. (*Tomándola por la mano.*) Ven y responde.
¿No juraste, no me has dicho
que á mi amor correspondias?
ANA. (¡Ah! que terrible suplicio.) (*Ap.*)
LUIS. Contesta si eso es verdad.
MÉD. (A *Ana.*) No me ha dado usted permiso
para aspirar á su mano?
ANA. (¡Oh Dios! mira este martirio.) (*Ap.*)
ENR. Responde...
ANA. Yo... (*Confusa.*)
ENR. ¡Acaba pronto!
ANA. No he de negar que asi ha sido,
pero es que ignoraba entonces...
MÉD. Tal proceder es indigno,
señorita; y en usted
yo casi no me lo esplico.
LUIS. ¡Al fin mujer veleidosa!
ANA. (Valor.) (*Ap.*)
ENR. ¡Y calla!
ANA (*Ap.*) Dios mio!
pon término á mi quebranto.
LUIS. ¿Qué ha de decir, si el delito
está enroscado á su lengua!
ANA. ¡Piedad! ¡piedad!
LUIS. Está visto
que esta muger es indigna
de tu amor.
ANA. (*Ap.*) ¿Y yo aun respiro.
¡Que desdicha ha de igualarse
con este tormento mio?
MÉD. Yo no sé que imaginar. (*Ap.*)
ENR. Mas ya que tu fementido,
lábio á los dos ha engañado
al menos la causa dinos.
ANA. Yo misma la desconozco
pero mi culpa confirmo.
En fin..... maldecidme..... odiadme.....
MÉD. ¿Qué dice usted?
ANA. Solo digo
que únicamente el Marqués
dispone de mi alvedrío.
MÉD. ¡El Marqués!
LUIS. ¡Lo sospechaba;
¡Qué traicion!
ENR. ¡Cuanto cinismo!
MAR. Yo, señores ¿qué hay de estraño
en mi proceder? ¿decidlo?
la echaistes de vuestro lado,
yo la odopté compasivo,
y es justo que siendo así
me interese su destino.

ENR. Pues bien, si á mi amor responde.
MAR. Jóven hablais desatinos.
ENR. Es cierto, ¡oh! falso oropel
tanto deslumbra tu brillo
que de tal manera vences
corazon, alma y sentidos!
ANA. ¡Qué tortura! (*Ap.*)
MÉD. Me parece
que ya el misterio adivino.
MAR. ¿Usted?
MÉD. Yo, si; pero nada
en sospecharlo consigo;
y pues que su amor no obtengo
en saberlo no me obstino;
despreciando tal engaño
de esta casa me retiro,
señor Marqués; Ana, el puesto
cede el amante al amigo;
sea usted feliz. Adios (*Saluda y vase.*)
ENR. ¡Y aun callas! ¡yo te maldigo! (*A Ana.*)
ANA. ¡Ah! Enrique, no..... no;
MAR. (*Interrumpiéndola.*) ¡Silencio!
ó cesan mis beneficios!
ANA. ¡Oh; vil corazon! (*Ap.*)
MAR. Usted
por mi llamado ha venido
aquí para autorizar.....
LUIS. Señor Marqués no autorizo.
MAR. ¡Ya es tarde! por lo demás
ahora pasaré el aviso
para que gratis, desde hoy
prosigan siendo inquilinos
de la habitacion que ocupan.
ENR. Dí, ¿por cuánto te has vendido
infame? (*Ap. á Ana.*)
ANA. No puedo mas!
compadécete Dios mio; (*Ap.*)
(*Se retira reprimiendo el llanto.*)

ESCENA XVII.

ENRIQUE, MARQUES y LUIS.

MAR. Se ha quedado usted suspenso.
LUIS. No hay para ménos motivo,
¿juzgaba que porque soy
pobre, y me encuentro abatido
ni dignidad ni vergüenza
en mi corazon abrigo?
Guarde usted su proteccion
para pechos menos dignos,
que mientras tenga dos manos
lucharé contra el destino.

ESCENA XVIII.

Dichos, AURORA y TORIBIO.

ENR. ¡Me está matando el dolor!
AUR. (*Saliendo con toda la precipitacion que puede haber en un ciego.*)
Pero eso no puede ser?
MAR. ¿Eh? que hace aquí esta muger? (*A Tor.*)
AUR. Escuchéme usted señor.
MAR. ¡Cuanta molestia!
LUIS. (*A Aurora.*) Te engañas
que no hay llanto que le cuadre.
AUR. ¡Le habrá..... le habrá por la madre
que le llevó en sus entrañas! (*Accion.*)
Yo aquí postrada á sus piés
de su compasion en pos,
he de enternecerle, y Dios
se lo premiará despues!
Feliz quien puede las penas
del doliente mitigar
y sus lágrimas secar.
(*El Marqués permanece impasible.*)
TOR. ¡No tiene sangre en las venas!
AUR. Que mitigue mi quebranto
le ruego puesta de hinojos,
fijos en usted los ojos
abrasados por el llanto.
De esta muger afligida
¿no le dá el martirio horror?
¿no vé que al matar su amor
le está quitando la vida?
Responda usted á mi pena
siquiera por caridad. (*Pausa.*)
¡Oh! (*levantándose*) para tal crueldad
forzoso es ser una hiena.
Estas lágrimas que vierto
tan solo de sangre son,
porque ya mi corazon
está de llanto desierto;
si á usted mi queja no llega
ó es que no la quiere oir
¿qué ha de hacer sino morir
esta miserable ciega? (*Pausa.*)
¡Nada, se estrella mi acento
en una peña cruel!
este hombre tiene á Luzbel
metido en el pensamiento.
LUIS. Su silencio es testimonio
de que va del mal en pos.
AUR. Y yo estoy nombrando á Dios
á las plantas del demonio!
Cielo; por la santa cruz
del verbo, vé mi delirio,

compadece mi martirio;
mándame un rayo de luz;
reparando en mi sufrir
de fijo me le has de dar
para que pueda mirar
á quien he de maldecir.
¡Oiga ya el cielo mis preces!

LUIS. Marqués, por mas que no os cuadre
de Ana es Aurora la madre.

AUR. ¡Bendito seas mil veces!

MAR. Si es ficcion finge muy mal;
¿y por que lo habeis callado?

(Aurora al oir al marqués se aproxima lentamente.)

LUIS. Por creerme deshonrado
¡pues es fruto criminal!

MAR. Veo que es usted precoz,
en esta farsa.

AUR. *(Ap.)* ¡Qué idea!

LUIS. ¡Oh!

MAR. ¿Quién prueba que lo sea?

AUR. ¡Otra vez aquella voz! *(Ap.)*

LUIS. Tal duda, estraño es á fé.

MAR. En asunto de esta monta
prueba necesito y pronta.

AUR. Pienso que yo la daré.

MAR. Si..... ¿cuál?

AUR. Y bien confirmada.

MAR. Podrá ser, mas ¿quién aprecia
á la muger que se precia
de haber sido deshonrada?

AUR. ¡Ah! *(Con dolor.)*

ENR. ¡Infame!

LUIS. *(Con ira.)* Señor Marqués!

AUR. Vírgen mia en tí confío
fuera esta venda! *(Se arranca el vendaje de los ojos.)* Dios mio
la vista.....

TODOS. ¡Ah!

(Se acerca al marqués con las manos en los ojos como el que siente de pronto el efecto de la luz, los destapa, se fija en el rostro del marqués y exclama.)

AUR. ¡Cielos! ¡El es!
¡mi seductor!

LUIS. ¡Tú, malvado!

ENR. A mis manos morirá.

AUR. No; déjale que ya está
de sobra bien castigado!

MAR. ¡Qué farsa!

AUR. ¡Aun pueda que arguya!
Tu mi nombre deshonraste,
y á tu sangre abandonaste;
Marqués; Ana es hija tuya!

TOR. ¡Qué dice!
ENR. ¡Ya mi esperanza!
MAR. Que es mi hija. (*Con asombro.*)
AUR. ¡Dios alabado!
cuán esplendente ha llegado!
el dia de mi venganza!

(*Al ver á Toribio se lleva las manos á la cabeza como recordando.*)

Este hombre..... No huyas razon.....

(*Se acerca á el y le mira; Toribio se sorprende.*)

TOR. (*Aparte.*) ¡Que recuerdo......
AUR. El me vió pura...
si... si... Tengo su figura
fija en la imaginacion!
MAR. Háganme pues la merced
de salir de mi presencia
ENR. ¡Le abruma ya la conciencia!
AUR. No tan pronto; venga usted

(*Tomando de la mano á Toribio que se deja llevar sorprendido. Ansiedad en todos los personajes.*)

Hace mas de quince años
que sirve usted al Marqués?
¿no es cierto?
TOR. Si que lo es
AUR. Y entre los casos estraños
que habrá podido usted ver,
no le vendrá á la memoria
un triste trozo de historia
de aquella pobre mujer
que en una noche de hielo
y en una calle desierta
hambrienta llamó á la puerta
de un palacio, y sin consuelo
abrigo llegó á implorar
casi helada y afligida?
TOR. Aquella noche, en mi vida
se me ha podido olvidar.
AUR. Míreme en calma.
TOR. (*Mirando al Marqués.*) Através
del tiempo difícil fuera
que ahora... Mas sí, sí... usted era.
AUR. Y el palacio?...
TOR. El del Marqués.
AUR. ¡Fué noche bien desdichada!
Su piedad me recogió
y el Marqués... el Marqués; ¡Oh!
MAR. Eso al fin no prueba nada;
Toribio pudo haber visto...
AUR. (A *Toribio.*) Cuando la mujer salió
¿nada en la casa faltó?
TOR. Si por cierto, un santo Cristo
que en mucha estima tenia

el Marqués, pues lo heredó
de su madre que besó
esa joya en su agonía.

MAR. Toribio, vete! me estraña
tu conducta.

TOR. No mentí (*Dirigiéndose al foro.*)
jamás señor...

MAR. Pues hoy sí,
porque todo es vil patraña.

(*Aurora deteniendo á Toribio, saca del pecho una bolsita y de ella un pequeño Crucifijo.*)

AUR. ¿Es este? *Movimiento en todos los personajes*)

TOR. Si tal; me obligo
á jurarlo.

AUR. Basta pues!
¿para qué pruebas, Marqués
teniendo tan buen testigo?
(*Toribio se detiene en la puerta.*

LUIS. Ya que mas se ha de probar?

MAR. Nada en esto está probado...
digo, si, mi lábio miente,
que es una prueba evidente
de ser por ella robado.
¡Y aun audaz, aqui blasona
demostrando su impudicia!
¡vil canalla! (*á Toribio*) A la justicia
que aquí tiene una ladrona!... (*Vase Tor.*)

ESCENA ÚLTIMA.

AURORA, MARQUES, ENRIQUE, LUIS y ANA.

AUR. Es verdad... . si, pero..... (*Avergonzada.*)

LUIS. ¡Calla!
¡Tú ladrona!

MAR. Mas yo juro
que pronto estará en seguro.

ENR. ¡Y en libertad el canalla! (*Con arrebato.*)
Mas no será..... (*Avanzando hacia él.*)

(*Marqués que saca del bolsillo de la levita un arma de fuego.*

LUIS. (*Viendo al marqués y queriendo detener á Enrique.*) ¡Enrique!

MAR. Vano
es vuestro atrevido intento.....

ENR. ¡Padre!

LUIS. ¡Enrique!

MAR. A todo evento
me previne de antemano.

ENR, ¡Oh! basta de sufrir!

AUR. ¡El cielo nos dé su amparo! (*Aterrada.*)

MAR. Un paso mas, y disparo.

ENR. ¡Infame! vas á morir.

MAR. ¡Defiendo mi propia vida! (*Asiéndole.*)
ENR. ¡Quite usted! (*Luchando por desasirse.*)
(*En el esfuerzo que hace por echar á un lado á Aurora se desvia de la punteria del Marqués, el cual dispara cuando lo marca el diálogo hiriendo á Ana que sale oportunamente; mucha rapidez.*)
MAR. ¡Quieto! (*Dispara.*)
ANA. ¡Ay! (*Cayendo.*)
AUR. Hija! (*Grito angustioso.*)
(*Ella y Enrique corren á socorrerla.*)
LUIS. (*Asiendo al Marqués y quitándole el revolver*)
¡Parricida!
ENR. ¡Herida!
MAR. Condenacion!
LUIS. ¡Paga tu crímen, malvado!
(*Dispara contra el Marqués.*)
AUR. ¡Luis!
¡Cielos!
LUIS. Le he traspasado,
de un balazo, el corazon.
AUR. ¡Huye!
LUIS. No; juzgue la ley
y vea si soy culpable
por matar á un miserable
que deshonraba su grey,
A ser noble y caballero
tal no le hubiese pasado
porque no hubiera jugado
con la honradez de un obrero.
No cabia entre los dos
suceso menos violento
y ¡yo he sido el instrumento
de la justicia de Dios!
AUR. Te tratará con rigor
la ley.
LUIS. Eso no deshonra
más quiero cárcel con honra,
que libertad sin honor.
AUR. Pero esa muerte.....
LUIS. Su esceso
le ha llevado al precipicio,
siempre deja rastro el vicio,
como LA MANCHA DE YESO.

FIN DEL DRAMA.